

Perpetua, la mártir cristiana muerta en el 203 de nuestra era. *Duoda*, condesa de Barcelona y Septimania que en el siglo IX en su *Liber Manualis* plasmó dos hechos que marcaron su vida: su condición de esposa abandonada por su marido y el papel de madre a través de los ideales de lealtad aconsejados a su hijo. La canonesa del convento de Gandersheim, *Roswita*, que en el siglo X supo plasmar perfectamente en sus escritos circunstancias personales desde su propia feminidad.

El capítulo más extenso es para la gran *Hildegarda de Bingen* que, entre otras muchas cosas, mostró una gran preocupación por relacionar la sexualidad de las mujeres con su temperamento y su psicología, lo que, en opinión del profesor Dronke, no tuvo equivalente entre los hombres que escribieron tratados de medicina.

La segunda parte del trabajo es tal vez la más importante, pues nos ofrece una exquisita reproducción de textos, aquellos que el autor ha seleccionado por considerarlos más relevantes; los pasajes autobiográficos de la *Vita* de Hildegarda; los testimonios de mujeres procedentes del registro de Jacques Fournier: *Grazida de Lizer*, *Mengarde Buscalh*, *Guillemett Bathégan*, *Aute Fauré*. Finalizando con los pasajes líricos de *Le mirouer des simples ames*, obra de Margarita Porete.

Primordial aportación de la que carecen la mayoría de trabajos que sobre la mujer y la edad media se han venido publicando y que han ignorado, error, la vital necesidad de dar a conocer las fuentes.

El autor es sincero en su objetivo. Así nos lo demuestra cuando comprobamos

que su atención va dirigida al *interés autobiográfico e intelectual* de estos textos femeninos en los que ellas nos cuentan *cómo se ven a sí mismas y a su mundo. Sus modos de expresarse y de autoexpresarse.*

En resumen, Dronke solo pretende aproximarnos, con la mayor nitidez posible, a una amplia gama de testimonios y emociones de tal forma que, en un futuro, se pueda dar lugar a análisis más profundos. Para él queda claro, tal vez lo que más, que *ellas* escribieron no guiadas por falsas pretensiones literarias y sí por algo mucho más serio y urgente si se quiere. Al contrario de los varones, *ellas* lo hicieron por *necesidad*. Una necesidad interior y no una inclinación artística como otros historiadores e historiadoras, lo cual es más grave, han pretendido.

Esa es la razón por la que el profesor Dronke no ha caído en el error y ha logrado acercarse un poco más al *otro lado*. Se sitúa en el núcleo del problema: *ellas* se autoexaminaban con mayor concreción y profundidad que muchos de sus contemporáneos. Precisamente este *sexto sentido* es el que confiere a estos escritos femeninos unas cualidades ante las que cualquier defecto técnico palidece.

En su día, *un hombre* dijo que nuestras vidas siguen los surcos que los muertos marcaron con sus uñas. Ciertamente. Pero lo que está claro es que obras como la aquí presentada lograrán que, tarde o temprano, tengamos que volver sobre nuestras propias huellas y reandar ya no en soledad, ahora de la mano de *ellas*, otra vez esos surcos.

Xavier Gil Román

SEBASTIÁN, Santiago

Mensaje simbólico del arte medieval. Arquitectura, iconografía, liturgia
Madrid: Ediciones Encuentro, 1994. 440 p.

Dentro del conjunto de obras que Ediciones Encuentro dedica al simbolis-

mo del románico, ésta es una producción propia, es decir, de autor español. Se trata

de una obra que comprende mucho más y mucho menos de lo que su título indica. Mucho más porque de los once capítulos de que consta el libro, solo los cinco últimos están dedicados estrictamente al arte medieval. Los tres primeros los dedica a planteamientos generales sobre simbolismo, iconografía y liturgia, y los tres siguientes a antecedentes históricos: los mundos judío, paleocristiano y bizantino. Los otros cinco los dedica a la época altomedieval, la iconografía medieval, el románico, el auge del gótico y la baja edad media. Y mucho menos porque, a mi juicio, hay muy poco sobre el mensaje del simbolismo del mundo medieval.

Vayamos por partes. El libro es una excelente obra de divulgación sobre los temas arriba expuestos que va desarrollando yuxtaponiendo cronológicamente, a partir del capítulo cuarto, los diversos estudios e investigaciones que el autor cree más importantes y que va comentando y, a veces, comparando. Algunos de estos estudios son del propio autor. Pero salvando estos casos, el libro no es un libro de investigación global por parte del autor y si bien quedan expuestos sus puntos de vista parciales, no hay una síntesis de ellos. De ahí que cada aspecto se centre en sí mismo y no se ponga en relación con los otros. Esto tiene como consecuencia que, por ejemplo, en el capítulo primero se haga un resumen de lo que es el simbolismo según los autores que, por renombre o por ser los publicados, deben ser tenidos en cuenta —Jung, Eliade, Chevalier, etc.— y luego, en los capítulos concretos de arte medieval, no veamos la aplicación de este simbolismo por ninguna parte. O que se nos explique la sacralidad judía o el arte bizantino, sin que luego se nos diga qué relación tienen con el arte románico o gótico.

El autor quiere destacar la importancia de la fuerte relación entre arte y liturgia, ya que considera que buena parte del arte medieval es un arte litúrgico. Pero precisamente por compartir este criterio,

el libro decepciona en este aspecto. Salvo algunos ejemplos concretos en que el autor cita las investigaciones propias y de otros sobre la relación concreta entre liturgia y arquitectura, en el resto del libro ambos aspectos se desarrollan paralelamente sin que lleguen a encontrarse. Así, toda la descripción del simbolismo de la liturgia y del templo de Honorio de Autun parece como una abstracción aplicada a la liturgia o al templo de cualquier época o estilo y no acabo de ver, por lo menos en el resumen hecho por Sebastián, qué relación concreta hay entre la explicación del teólogo y algún programa arquitectónico o iconográfico del siglo XII y, por ejemplo, continuamos sin enterarnos de la función litúrgica específica de los murales románicos, cuyo sentido simbólico concreto aún está por revelárenos. La tendencia general a poner en relación los textos escritos de la época con las obras de arte concretas creo que debe ser revisada ya que, por lo menos hasta el románico incluido, muchísimas veces no encajan. La obra de arte fue la expresión de un mundo que quedó poco reflejado en los escritos de la época, por lo menos los investigados o en nuestra forma de acercarnos a ellos.

Como es sabido, en la edad media proliferan todo tipo de interpretaciones de textos sagrados, apócrifos o teológicos, lo que dio lugar a todo un bosque de alegorías, leyendas, tipos, antetipos, prototipos, arquetipos, símbolos, metáforas, etc., que se expresaron en obras literarias o artísticas. El libro que nos ocupa hace un excelente resumen de muchos de ellos por lo que resulta sumamente útil y ameno, tanto para el estudioso como para el mero aficionado. Muchos de estos escritos y obras plásticas tienen o se les puede encontrar un sentido simbólico. Pero si de lo que se trata es de exponer «el mensaje simbólico» del título, hay que decir cuál es este contenido simbólico de la imagen y no remitirlo a un mero valor metafórico, alegórico u otras analogías que no

son simbólicas. Así, no solo la predicción del zorro a las gallinas del *Roman de Renart* no tiene valor simbólico sino que, por ejemplo, si se hubiera explicado porque el Paso del Mar Rojo es antitipo del bautismo de Cristo nos hubiera podido explicar también el sentido simbólico común de ambas narraciones. En lugar de esto, parece poner la tipología medieval en el mismo nivel de las alegorías morales de los animales o de la descripción de simples costumbres y supersticiones.

Ello puede explicar que, cuando el autor, en la primera parte, resume las diversas teorías que otros autores han hecho sobre el simbolismo, de vez en cuando caiga en ciertas incoherencias explicativas, lo que denota, a mi juicio, que el autor repite lo que ha leído sin, muchas veces, captar su verdadero sentido. Ahora bien, este defecto no es exclusivo de Sebastián sino un hecho bastante común en personas que, como historiadores generales, del arte y de la literatu-

ra, teólogos, etnólogos, etc., se ven obligados a manejar un material cuyo contenido simbólico, si bien reconocen, no acaban de captar. El simbolismo parece que quiere imponerse como una disciplina importante o auxiliar en muchos campos relacionados con las ciencias humanas, pero su manejo por personas no especializadas o con poca sensibilidad para el tema puede conducir a confusiones algunas veces más graves que su desconocimiento.

La inclusión de ejemplos valencianos de los siglos XIV y XV muestra que el autor estaba en estos campos más en su ámbito. También su manera de explicar la religiosidad medieval denota que la ideología del autor está más en sintonía con obras de arte más tardías. Pero su empeño por acercarnos al arte medieval es más que loable, ya que el libro es un resumen de la visión del mundo de la que emerge el arte cristiano anterior al Renacimiento.

María Assumpta García Renau

ABULAFIA, David

A Mediterranean Emporium. The Catalan Kingdom of Majorca

Cambridge: Cambridge University Press, 1994. XXIV, 295 p.

Traducción en castellano: *Un Emporio Mediterráneo*

Barcelona: Omega, 1996

Por fin todos los investigadores del reino de Mallorca cuentan con una obra de referencia ineludible. Desde que Hillgart iniciara sus investigaciones sobre la Corona de Aragón y advirtiera sobre su sospechosa homogeneidad se produjo un cambio de perspectiva en los estudios sobre el Mediterráneo medieval que tiene una de sus culminaciones en el libro que ahora presento. Nunca antes este reino había sido situado con tanta precisión, estudiado desde el mismo prisma que se aplica al resto de los reinos que existían durante la edad media en la actual geografía española. El reino de Mallorca era

un territorio heterogéneo que englobaba dos realidades diferentes: por un lado las islas, plenamente integradas en las rutas comerciales mediterráneas y atlánticas, que se caracterizan por su constante actividad comercial con el norte de África y por su continua aportación de infraestructura naval necesaria a otros para el desarrollo de la aventura mercantil. Por otro lado, los territorios continentales integrados en las rutas terrestres que enlazaban el norte de Europa con el Mediterráneo occidental y más comprometidos con el desarrollo de actividades manufactureras.